



**Discurso Pronunciado por el señor Sol Bloom ante la Cámara de
Representantes de los Estados Unidos de América**

Señor Presidente:

Nada más justo que el nombre de Carlos Finlay identifique y honre a una institución creada con el fin de incrementar la investigación médica a través de las Américas. Carlos Finlay dedicó su vida a la investigación y a la práctica de la medicina, y a él más que a ningún otro mortal deben las Américas el estar ahora protegidas contra una plaga que antes arrasaba sus ciudades y destruía sus poblaciones. A no ser por Carlos Finlay, tal vez la fiebre amarilla azotaría aún una de las más bellas regiones del Nuevo Mundo.

Gracias a los esfuerzos de la profesión médica en los Estados Unidos, en Cuba y en las demás Repúblicas Americanas, y con el valioso contingente de los esfuerzos personales de los Doctores Benjamín Salzer y Edgar Mayer de la Ciudad de Nueva York, la figura de este gran benefactor de la humanidad viene desta • cándose én sus verdaderas proporciones ante la opinión pública.

El estudio de la vida y la obra de Carlos Finlay renueva en nosotros el orgullo y la fe en la humanidad, ya que revela a un hombre en quien un corazón generoso fue inspiración de una inteligencia de alcance, de penetración y de poder extraordinarios, e ilumina la carrera de un médico modesto que, por su propio ingenio y laboriosidad, rasgó el tupido velo que cubría uno de los más sutiles secretos de la naturaleza y aplicó su descubrimiento a la salvación de millones de vida humanas. El estudio de su vida nos enseña también fpn cuánta desidia la humanidad olvida a sus benefactores,

sin percatarse de que, confundido en el tráfigo diario, vive un inmortal cuyos logros serán una bendición para la humanidad eternamente.

¿Cuál fue la obra cumbre de Carlos Finlay? En pocas palabras: descubrir que la fiebre amarilla se trasmite de hombre a hombre por la picada de un mosquito que previamente ha chupado la sangre de una víctima de esta enfermedad: que la fiebre amarilla se contrae solamente de esa manera; y que un género determinado de mosquito es el portador del mal.

Ahora que el mundo sabe que es la picada de determinado mosquito lo que transmite la fiebre amarilla, el hecho parece simple, tan simple que todos debían haberlo sabido desde el principio. También otros descubrimientos han parecido fáciles. El descubrimiento del Nuevo Mundo, por ejemplo, o el de un método para volar. No olvidemos, sin embargo, que Colón fue ridiculizado y desdenado por los hombres más sabios de su tiempo por atreverse a asegurar que él podía encontrar un continente navegando hacia el oeste desde Europa, y que los hermanos Wright, aun después de construir una máquina voladora, y de volar en ella, fueron ridiculizados por sus vecinos de Ohio, gente positivista que los consideraba medio locos y se hacía eco del comentario universal: "Esos muchachos se romperán las costillas; ya lo verán. ¡Mira que creer que pueden aprender a volar!"

El ridículo y el escarnio constituyeron el único reconocimiento público que se dio a Carlos Finlay por cerca de veinte años después de tener el valor de hacer pública su teoría de que la transmisión de la fiebre amarilla se debía a la picadura de un mosquito. Su idea era contraria a las ideas y creencias populares, de la misma manera que la teoría de Colón contradecía las opiniones de su época, y que Morse provocó burlas cuando se propuso transmitir mensajes inteligibles a través de alambres eléctricos tendidos de un pueblo a otro. Lo ocurrido a Finlay es lo que siempre ocurre a los pensadores que brindan nuevas ideas a la humanidad. Y para rubor nuestro tenemos que admitir que aun en nuestros propios días la humanidad es todavía refractaria a aceptar verdades recién descubiertas.

¡Venturoso es el descubridor que vive para ver comprobada su teoría y más venturoso aún el que recoge los frutos de su labor! No así Colón, quien murió en Valladolid preterido y calumniado. Para colmo de males, el Nuevo Mundo que él descubriera lleva hoy el nombre de otro explorador. El hombre cuyo descubrimiento hizo desaparecer la fiebre amarilla del Nuevo Mundo, cuyo genio permitió a los Estados Unidos construir el Canal de Panamá después que los franceses habían fracasado en su empeño debido a la fiebre amarilla, vivió para ver confirmada su teoría pero no lo suficiente para recoger de la humanidad todo el fruto a que era acreedor. Aun hoy, después de cuarenta años, apenas

si se sabe en los Estados Unidos que Carlos Finlay fue el verdadero conquistador de la fiebre amarilla. La gloria ha sido para otros; no porque ellos lo quisieran así, sino principalmente porque la comprobación espectacular que hicieron de la validez de la teoría de Finlay, seguida de cerca por la erradicación de la fiebre amarilla en La Habana y en Panamá, atrajo más la atención de los estadounidenses que el descubrimiento que hizo Finlay al arrancar su secreto a la naturaleza. Otro factor que evitó que la fama de Finlay se difundiera por este país fue el hecho de que sus escritos se publicaron principalmente en español, por lo que resultaban prácticamente inaccesibles para la generalidad de los norteamericanos.

El instituto que se crea ahora ayudará a extender la fama de Finlay, que tan brillantemente resplandece en Cuba y en toda la América Latina. Y a medida que se extienda el renombre de Finlay, crecerá la fama de Walter Reed, así como la de todos los que compartieron el honor de confirmar la teoría de Finlay y de ponerla en práctica.

CARLOS FINLAY, EL HOMBRE

Antes de señalar las vicisitudes de Finlay para estructurar y probar su teoría, echemos una ojeada a la historia de su vida. Nació en Puerto Príncipe (ahora Camagüey), Cuba, el 3 de diciembre de 1833. Su padre Eduardo Finlay, de origen escocés, había nacido en Hull, Inglaterra, en 1795, y se había educado en Edimburgo y en Francia. Siendo aún estudiante de medicina, Eduardo partió con un hermano suyo hacia la América del Sur para unirse a un contingente británico que peleaba a las órdenes de Bolívar por la independencia de Venezuela, pero el navio zozobró, y en 1826 encontramos a Eduardo en Puerto España, Trinidad, donde empezó a ejercer la medicina y donde contrajo matrimonio con Elisa de Barrés, de ascendencia francesa. En 1831 se trasladaron a Cuba y fijaron su residencia en Puerto Príncipe, donde nació Carlos Finlay. En 1834 la familia se trasladó a La Habana, donde el padre ejerció la medicina hasta su muerte ocurrida en 1872.

Carlos Finlay fue un estudiante desde su niñez. A temprana edad aprendió a hablar inglés, francés y alemán, además de español. En 1846 y 1848 estudió en Alemania y en Francia con intenciones de hacerse médico en Rouen y París; pero en 1851 un ataque de fiebre tifoidea le obligó a regresar a su hogar a La Habana para convalecer. Ya para esta fecha Finlay estaba versado en lenguas, en los clásicos, en historia, en literatura y en física. Deseoso todavía de seguir la carrera de su padre, se trasladó a Filadelfia y empezó sus estudios en el Jefferson Medical College, bajo la dirección del doctor John Kearsley Mitchell. Era para ese tiempo asistente del Dr. Mitchell su hijo, S. Weir Mitchell quien llegó a ser luego famoso. Entre él y el joven Finlay nació una estrecha amistad que duró toda la vida.

Finlay se doctoró en medicina en 1855, pero en vez de establecerse en Nueva York como le aconsejaba S. Weir Mitchell, regresó a La Habana. Aumentó sus conocimientos médicos en el Perú y en París, ejerció por algún tiempo en Matanzas, Cuba, y finalmente se estableció en La Habana de manera definitiva. En 1865 contrajo nupcias con Adela Shine, joven de ascendencia irlandesa, cuyo padre, nativo de Cork, se había establecido en Puerto España. Adela, nacida en Puerto España, se había educado en un convento de Cork. Muertos sus padres, Adela fue a vivir con una hermana casada con James Murphy, hombre de negocios cuyos intereses en las Indias Occidentales le habían hecho fijar su residencia en La Habana.

Del matrimonio de Carlos Finlay y Adela Shine nacieron tres niños, de los cuales el mayor, Carlos E., estudió medicina en la ciudad de Nueva York, y siguiendo el ejemplo de su padre y su abuelo, se estableció en La Habana. Fue él quien, a instancias de los admiradores de su padre, escribió el libro "Carlos Finlay y la Fiebre Amarilla", que editó en Nueva York en 1940 la Oxford University Press. Es una bella obra en que el hijo distinguido, con dignidad y con modesto orgullo, relata la historia de Carlos Finlay y los hechos relativos a la fiebre amarilla y a su conquista.

Aunque Carlos Finlay presentó al mundo en 1881 su teoría de que la fiebre amarilla la transmite un mosquito, los incrédulos no la aceptaron hasta el quinquenio de 1900 a 1905, cuando quedó comprobada de manera irrefutable, y se erradicó de La Habana la plaga, que venía cebándose de vidas humanas desde hacía 140 años.

Finlay continuó sus investigaciones y su trabajo en este campo. En 1902 se le nombró Jefe de Sanidad de Cuba, y desempeñó el cargo hasta 1909. Desde esa fecha hasta su muerte, ocurrida a la edad de 82 años, el 20 de agosto de 1915, vivió retirado de la vida pública. El Gobierno cubano, al hacerle exequias públicas, rindió honores postumos al insigne ciudadano.

Perpetúan la gloria de su nombre el Instituto Finlay de Cuba, que se dedica principalmente al estudio de la medicina tropical, la Orden de Mérito de Finlay, establecida en 1928 por el Gobierno cubano para premiar trabajos excepcionales en el campo de la salubridad pública, las distinciones y los honores conferidos por gobiernos y sociedades científicas de ambos hemisferios, y los trabajos de los historiadores que tratan asuntos médicos en relación con el descubrimiento y la colonización del Nuevo Mundo.

EL ESTUDIO DE LA FIEBRE AMARILLA

La naturaleza de la fiebre amarilla ha sido un misterio para el hombre desde mucho antes de la época de Colón. Antes que los Mayas conocieran al hombre blanco, ya grabaron en piedra los estragos de la fiebre amarilla en Yucatán, La enfermedad despo-

blaba periódicamente la región alrededor de Veracruz, tanto que los monarcas aztecas tenían que enviar colonias nuevas a reemplazar a los que habían sucumbido al terrible mal, al que los aztecas llamaban cocolitzle. A partir de 1492 las expediciones de blancos eran diezmadas por una enfermedad que, a juzgar por el alto porcentaje de mortandad que ocasionaba, se supone era la fiebre amarilla. La epidemia de 1648 en Yucatán fue horrible en su furia y extensión, y las sucesivas devastaron las colonias de blancos en Tierra Firme.

La fiebre amarilla se hizo endémica en La Habana, en 1672, y de esa fecha en adelante la bella ciudad no se vio libre de la plaga hasta que el genio de Finlay logró conquistarla.

Aunque hay motivos para suponer que la población de las regiones mediterráneas fue diezmada durante siglos por la fiebre amarilla, la opinión científica hoy día predominante clasifica esta enfermedad como originaria de la América tropical. A pesar de las pruebas que desde hace años vienen realizando los científicos más connotados, no se ha logrado aislar al parásito, bacilo o micrococo que causa la enfermedad.

En sus primeras investigaciones, Carlos Finlay estudió el clima de La Habana, pensando al principio que tal vez la alcalinidad de la atmósfera tenía que ver con la presencia o propagación de la enfermedad, más al cabo de mucho tiempo de ardua labor se convenció al fin de que estaba equivocado. En muchos lugares, año tras año, otros investigadores se dedicaban a estudios de la misma naturaleza, y Finlay se mantenía siempre al tanto de todos sus trabajos. En 1879 los Estados Unidos enviaron a La Habana una comisión para estudiar la fiebre amarilla. Presidía la comisión el Dr. Stanford E. Chaillé, y Finlay se incorporó a ella por orden de su Gobierno. Los resultados de las investigaciones de esta comisión hicieron que Finlay abandonara su primera hipótesis y le encaminaron por una nueva senda, que lo llevó a descubrir el papel que desempeña el mosquito en la transmisión de la fiebre amarilla.

EL DESCUBRIMIENTO DE FINLAY

La idea que hacía pública Finlay por primera vez era revolucionaria. A nadie se le había ocurrido sugerir siquiera que una enfermedad pudiera transmitirse de hombre a hombre por medio de un agente intermediario, y mucho menos que la fiebre amarilla se transmitiese solamente por mediación de un mosquito. Finlay hizo pública su teoría por primera vez en una sesión de la Conferencia Sanitaria Internacional, celebrada en Washington el 18 de febrero de 1881. Dos delegados habían propuesto que la Conferencia aportara medios para la investigación científica de la fiebre amarilla y Finlay apoyó la moción. He aquí la parte más enjundiosa de sus palabras en aquella memorable ocasión:

“Considero urgente que esta Conferencia adopte una resolución a favor de la investigación científica de la fiebre amarilla. . . Sin entrar en consideraciones técnicas que estarían fuera de lugar, y solamente como ejemplo pleno de interés. . . suplico a mis colegas presentes que recuerden que las medidas sanitarias hoy generalmente recomendadas contra la fiebre amarilla están fundadas en un medio de evitar la enfermedad que está en desacuerdo con un número considerable de hechos observados. De un lado tenemos los partidarios de la teoría del contagio y de otro los que se oponen a ella, cada uno tratando de restar importancia a los casos presentados por el partido opuesto . . . Bien, señores, declaro que es imposible mirar con mente imparcial los hechos expuestos, sin llegar a la conclusión de que muchas de las pruebas citadas a favor de estas opiniones aparentemente contradictorias, tienen que ser aceptadas como auténticas, conclusión que lógicamente nos lleva a admitir la intervención de un tercer factor para explicar estas dos series de hechos. Mi opinión actual es que son necesarias tres condiciones para que se propague la fiebre amarilla:

UNA: la presencia de un caso previo de fiebre amarilla, dentro de límites de tiempo razonables a partir del momento que tenemos ahora en consideración.

DOS: la existencia de una persona apta para contraer la enfermedad.

TRES: la presencia de un agente independiente por completo, para su existencia, tanto de la enfermedad como del paciente, pero necesario para que la enfermedad se transmita del enfermo al sano.

Se objetará que esto es meramente una hipótesis, y ciertamente, sólo como tal la doy. Pero es plausible, y tiene por lo menos el mérito de explicar ciertos hechos que hasta ahora las demás teorías no han logrado explicar. No pido nada más, ya que mi único objeto es demostrar que si se realizaran mi hipótesis u otra análoga, todas las medidas ahora empleadas, para combatir la enfermedad se volverían ineficaces, ya que el esfuerzo principal debió dirigirse contra la tercera condición, tratando de destruir el vector, o intentando desviarlo de la ruta que sigue al transmitir la enfermedad.

Vean pues, señores, cuán importante es que esta cuestión se estudie a fondo si no queremos errar al dictar medidas especiales contra la propagación del mal”.

Seis meses después, el 14 de agosto de 1881, Finlay leyó un trabajo ante la Academia de Ciencias de La Habana, en que se desarrolló su teoría de que la fiebre amarilla se comunica de persona a persona por medio de un mosquito, y no se limitó a hacer esta atrevida manifestación, sino que identificó como único transmisor del virus a un mosquito que llamó *Culex*, conocido después como *Stegomyia fasciata*. Finlay llegó a esta conclusión tras meses

de experimentos y de pacientes observaciones. Los nuevos hechos sobre los hábitos de la *Stegomyia* que él descubriera fueron más tarde confirmados por naturalistas posteriores. En el histórico trabajo mencionado, Finlay decía:

"En este trabajo no me ocuparé de la naturaleza mortífera de la fiebre amarilla, aparte de postular la existencia de una substancia material transportable, que puede ser un virus amorfo, un germen vegetal o animal, una bacteria, etc., pero que de cualquier modo constituye algo tangible que requiere ser transportado del enfermo al sano para propagarse la enfermedad. Lo que quiero considerar es el medio a través del cual la causa morbígena de la fiebre amarilla puede separarse del cuerpo del enfermo e implantarse en un ser saludable. La necesidad de la intervención extrínseca ajena a la enfermedad en sí para que ésta pueda transmitirse, se hace aparente mediante numerosas condiciones, algunas de ellas ya señaladas por Humboldt y Benjamín Rush desde los albores del siglo, y ahora corroboradas por observaciones recientes. La fiebre amarilla algunas veces surca el océano para propagarse en puertos lejanos de condiciones climáticas y topográficas muy diferentes a las del foco de origen, mientras otras veces la enfermedad parece impotente de propagarse fuera de una zona muy limitada, aunque las características meteorológicas y topográficas de las zonas vecinas no parecen ser muy diferentes. Una vez que se reconozca la necesidad de un agente vector como el único medio de explicar estas anomalías, es evidente que las condiciones reconocidas como esenciales para la transmisión de la noxa, solamente pueden actuar, a través de su acción sobre este vector. Por lo tanto, es poco probable que este agente se encuentre entre los micróficos, poco afectados por las variaciones meteorológicas que se conocen que influyen en el desarrollo de la fiebre amarilla. Para llenar esta condición fue necesario buscar entre los insectos. Por otra parte, el hecho de que la fiebre amarilla se caracterice clínica e histológicamente por lesiones de los vasos sanguíneos y alteraciones físico-químicas de la sangre, sugieren que el insecto que transmita la substancia infecciosa del enfermo al sano, debe buscarse entre aquellos que entierran su aguijón en los capilares para chupar sangre humana. Finalmente, por razones que no es necesario explicar aquí, llegué a pensar que fuera el mosquito el transmisor de la fiebre amarilla".

El Dr. Finlay describió entonces la historia natural de los diferentes tipos de mosquitos de La Habana, y explicó las razones por las cuales fijaba en el *Culex* la responsabilidad de ser el único transmisor de la fiebre amarilla.

Siguieron 19 años de estudios por parte de Finlay, casi sin ayuda de otros científicos. Su teoría fue casi universalmente escarnecida como visionaria. Sir Patrick Manson descubrió la transmisión indirecta de la filaríasis por el mosquito poco después del

descubrimiento de Finlay, pero la publicación de esta evidencia adicional de que las enfermedades pueden comunicarse por insectos no impresionó ni a científicos ni a profanos.

En lugar de experimentar de acuerdo con las ideas de Finlay, la investigación en los Estados Unidos se concentró principalmente en hallar el virus o bacilo específico de la fiebre amarilla. Las investigaciones que posteriormente practicó el propio Finlay confirmaron su teoría de que el mosquito era el transmisor de la enfermedad. Cautelosamente inoculó a individuos no inmunes por medio de mosquitos infectados y logró casos subagudos de fiebre amarilla, pero sus estudios le habían hecho ver que en ciertas circunstancias podrían sobrevenir resultados fatales, y rehusó arriesgar la vida de las personas que se sometían a sus pruebas. Por eso se dijo que sus experimentos habían sido baldíos.

EL TESTIMONIO DEL GENERAL GORGAS

Vino entonces la Guerra Hispanoamericana, y con ella la ocupación de La Habana por los norteamericanos. Lo que ocurrió entonces, lo describe muy bien el General Gorgas en su libro "Salubridad en Panamá", publicado en 1951. El General Gorgas, que estaba a cargo del departamento de salubridad de La Habana después de la ocupación, narra cómo el Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos había enviado allí una comisión en 1900 para estudiar la fiebre amarilla; cómo informó la comisión que el microorganismo descubierto en el Brasil por el italiano Sanareli, y llamado por él bacilo icterode, era la causa de la fiebre; cómo el cirujano mayor del Ejército de los Estados Unidos, George M. Sternberg, puso el hallazgo en tela de juicio e hizo nombrar una junta de médicos militares que investigara la fiebre amarilla en La Habana; y cómo empezó a trabajar esta junta, que componían los doctores Walter Reed, James Carroll, Jesse Lazear y Arístides Agramonte. La junta pasó varios meses investigando el microorganismo de Sanareli, y probó sin lugar a dudas que no era éste la causa de la enfermedad.

Entonces se creyó que la fiebre amarilla provenía de la suciedad, pero a pesar de que se hizo una limpieza total de La Habana el número de casos no disminuyó. El General Gorgas escribe:

A pesar de todo este trabajo y cuidado, la fiebre amarilla había seguido extendiéndose desde que nos hicimos cargo de la ciudad, y en 1900 el número de casos en La Habana era mayor que nunca. Los cubanos nos echaban en cara el que a pesar de los gastos en que habíamos incurrido y de la limpieza que habíamos hecho, lejos de mejorar la situación, lo que habíamos conseguido era empeorarla. Nos señalaban el hecho de que era en los barrios más limpios y mejor cuidados donde más casos había, y la evidencia era tan irrefutable que no podíamos menos de aceptarla".

Esta franca confesión del General Gorgas es de especial interés cuando se compara con la aseveración' que hiciera Carlos Finlay en 1881, en el memorable trabajo en que hacía público que el transmisor de la fiebre amarilla era el mosquito. Dijo en aquella ocasión Finlay:

"Estoy convencido de que cualquier teoría que atribuya el origen y la propagación de la fiebre amarilla a influencias atmosféricas o a condiciones miasmáticas o meteorológicas, o a la suciedad o falta de higiene, tiene que considerarse indefendible. Por lo tanto, he abandonado mis anteriores ideas, y trataré ahora de justificar este cambio de opinión".

Si los científicos norteamericanos hubieran atendido a Finlay desde 1881, habrían salvado miles de vidas y millones de dólares perdidos en las zonas sureñas de los Estados Unidos por causa de la terrible enfermedad. Pero persistieron en la idea de que era la suciedad la causante del mal y de que la superior higiene norteamericana acabaría por desterrar de La Habana la fiebre amarilla.

"Las autoridades sanitarias se encontraban desorientadas" escribe el General Gorgas. "Nosotros no podíamos eliminar de La Habana los focos infecciosos, por ninguno de los métodos entonces conocidos".

Se refiere entonces a la comisión de médicos nombrada por el Departamento de Salubridad de La Habana, a la que se enviaban todos los casos sospechosos de fiebre amarilla para su diagnóstico, y de la cual era miembro Gorgas. Los otros miembros eran los doctores Carlos Finlay, Antonio Díaz Albertini y Juan Guiteras. Naturalmente, la Comisión Reed se mantenía en íntimo contacto con esta otra comisión,

LA LABOR DE LA COMISION REED

Gorgas describe entonces cómo la Comisión Reed, después de perder meses en estériles experimentaciones siguiendo otras ideas, fue a ver al Dr. Finlay para pedirle información y consejo:

"El Dr. Carlos Finlay, de La Habana, a quien acabamos de mencionar entre los miembros de nuestra Comisión, venía investigando, pensando y escribiendo desde el 1881 sobre la relación del mosquito con la fiebre amarilla, él, asimismo, estaba convencido de que este insecto era el medio a través del cual se transmitía la fiebre amarilla de persona a persona ... Su argumentación para demostrar que el mosquito era el probable transmisor, basada en los hechos entonces conocidos, era sumamente bella y lógica. Pero mucho más bella como ejemplo de raciocinio era la deducción de que, entre seiscientos o setecientos mosquitos, era el *Stegomya* el que comunicaba la fiebre 'amarilla'".

Luego de argumentar que Finlay nunca había demostrado su teoría palpablemente, y haciendo caso omiso de la declaración del propio Finlay de que él se había guardado bien de experimentar en condiciones que pudieran haber resultado fatales para los voluntarios que se sometieran a sus experimentos, Gorgas continúa:

"Reed dice de Finlay: "Al Dr. Carlos Finlay, de La Habana, debe dársele crédito total, sin embargo, por la teoría de que la fiebre amarilla la propaga un mosquito, teoría que expuso en un trabajo presentado ante la Academia de Ciencias de la mencionada ciudad, en la sesión celebrada el 14 de agosto de 1881".

Después de muchos meses de labor poco fructífera en otras direcciones, la Comisión Reed volvió a ocuparse de la teoría de Finlay. Antes de comenzar su labor, el Dr. Reed discutió el asunto repetidamente con el propio Finlay, y se familiarizó completamente con sus argumentos y sus ideas. "Todos conocíamos bien al Dr. Finlay", escribe, "pero en verdad nos inclinábamos a considerar sus ideas muy a la ligera, especialmente yo . . ."

El Dr. Reed obtuvo del Dr. Finlay los huevos de donde crió los primeros mosquitos que usó en sus experimentos. . . En su trabajo la Etiología de la Fiebre Amarilla, Nota Preliminar, dice el Dr. Reed: "Deseamos por este medio expresar al Dr. Finlay nuestras sinceras gracias por el cordial recibimiento que nos hiciera, por la amabilidad con que puso a nuestra disposición las obras sobre esta materia por él publicadas durante los últimos diecinueve años y nos facilitó los huevos de mosquitos de la especie con que él verificó sus diferentes inoculaciones ..

Después de discutirlo, la Comisión Reed acordó hacer experimentos para verificar si el mosquito transmitía o no la fiebre amarilla. Pero antes de intentarlo se necesitaba una cuantiosa suma de dinero y suficiente autoridad. La Comisión había venido a Cuba con otros propósitos y no tenía dinero bastante para hacer los experimentos. Afortunadamente para la causa de la ciencia y de la humanidad, en aquella época teníamos de Gobernador General en Cuba al General Leonard Wood, del Ejército de los Estados Unidos. El General Wood había estudiado medicina ... El Dr. Reed expuso al General Wood el plan que pensaba seguir, y el General quedó de tal manera convencido, que autorizó el empleo de una suma suficiente de los fondos del Tesoro cubano y dio al Dr. Reed amplios poderes en cuanto a la manera de emplearlos...

El Dr. Reed deseaba que la demostración que se proponía hacer fuera lo más convincente y espectacular posible. La idea era enteramente nueva y sus conclusiones provocaron una ola de crítica y de burlas. La teoría era tan contraria a lo que la mayoría de las personas creían que había sido su experiencia, **que mereció muy poca consideración** ,,, **Las conclusiones a que**

llegó la Comisión pueden resumirse así: "Que la fiebre amarilla sólo se transmite de persona a persona por la picada del mosquito *Stegomyia* hembra

Estos descubrimientos han sido de incalculable valor para la humanidad, y sobre ellos se han basado todas las medidas sanitarias contra la fiebre amarilla que tan halagador éxito han tenido

EL PLAN DE FINLAY

Tan pronto Finlay se convenció de que el mosquito era el agente culpable de la transmisión de la fiebre amarilla se dedicó de inmediato a concebir métodos prácticos para acabar con la enfermedad destruyendo la cadena de la infección. Años antes de que Gorgas iniciara su obra de saneamiento en La Habana, Finlay había señalado el camino a seguir. Esbozó sus ideas en Chicago en 1893, y luego en Budapest en 1894, ante el Congreso Internacional de Higiene. En la segunda de estas ocasiones dijo:

"Las medidas especiales que puedan adoptarse contra la propagación de la fiebre amarilla a través de los mosquitos deben dejarse al criterio de aquellos que acepten mi teoría, pero las principales precauciones deben ser:

1. — Evitar que los mosquitos piquen a personas que padecen de fiebre amarilla.
2. — Matar todos los mosquitos infectados que sea posible. Téngase presente que en un lugar cerrado basta para esto una temperatura de 50 C.
3. — Finalmente, considerar peligroso cualquier lugar en tanto que vivan en él mosquitos infectados, teniendo en cuenta que, en las condiciones más favorables, su promedio c.¿ vida es de 35 a 40 días".

En 1898, después de la ocupación de Cuba por las tropas de los Estados Unidos, Finlay propuso a los oficiales de la Marina y del Ejército norteamericanos un plan detallado para extirpar la fiebre amarilla en que decía:

"¿Por qué no han de estar provistas las casas en los países azotados por la fiebre amarilla, de rejillas contra mosquitos como las que se usan en los Estados Unidos por pura comodidad, cuando tales rejillas pueden resolver en dichos países una cuestión de vida o muerte? Las larvas de los mosquitos pueden destruirse en zanjias, charcos, lagunas, ríos, letrinas, vertederos y los otros lugares donde se procreen, usando permanganato de potasio u otra substancia análoga. De esta manera se reduce el número de mosquitos. Pero el punto esencial debe ser evitar que los mosquitos piquen a enfermos de fiebre amarilla y hacer desinfectar las excretas debidamente, para de ese modo impedir que se contagien los mosquitos. Deben construirse hospitales bien ventilados en lugares altos, lejos de aguas estancadas, con puertas y ventanas provistas de rejillas contra mosquitos, y dotados de un buen sistema de desagüe y alcantarillado y de facilidades para exterminar

los mosquitos o larvas que se encuentren dentro. Sólo deben usarse los pisos superiores para los pacientes, y éstos deben ser únicamente enfermos de fiebre amarilla, o personas que sufran del paludismo y se haya probado que son inmunes á la fiebre amarilla. Los reconocimientos para admisión podrían hacerse en un edificio aparte, y aun los casos que estén en observación deberían hospitalizarse en un edificio aparte.

Si se contara con hospitales de esta clase y con un Cuerpo de Sanidad eficiente que se encargase de que los pacientes que permanecieran en sus casas recibieran la debida atención, y se adoptaran ciertas mejoras sanitarias dentro y en los alrededores de las principales ciudades, no hay duda de que podría extirparse la fiebre amarilla de Cuba y Puerto Rico y reducirse el paludismo grandemente. Tomadas estas medidas, incumbiría entonces a los empleados de inmigración y cuarentena el evitar la entrada de nuevos agentes transmisores".

MIRANDO AL FUTURO

Los datos anteriores ilustran la amplitud y la precisión de las investigaciones de Finlay sobre la fiebre amarilla. Sus investigaciones y experimentos en otros campos fueron también muy valiosos, pero no pueden reseñarse aquí. Al señalar el camino hacia el triunfo sobre la fiebre amarilla, Finlay se señaló a sí mismo el camino de la inmortalidad. No sería extraño que en el futuro se le considere el mayor benefactor médico de este Hemisferio.

La historia de los trabajos largos y pacientes de Finlay son la inspiración de otros que ansían descubrir los secretos de la naturaleza. Su ejemplo les advierte que perseveren en su obra sin importarles las burlas o la indiferencia. Su triunfo es un mensaje que advierte a la ciencia que no se niegue a dar oídos a investigadores honestos, por desconocidos que sean. Sus escritos revelan que su mente estaba siempre dispuesta a recibir la verdad, no importa de dónde proviniera, así como a reconocer sus propios errores.

La humanidad padece, aún enfermedades de carácter mortal que pudieran conquistar otros Finlay. Tengamos presente en su caso, para que otros investigadores que tal vez están descubriendo en estos momentos los misterios del cáncer, de la poliomielitis y de otras plagas, no sufran decepciones que fueron el corolario de la obra de Finlay.

Los jóvenes que sientan las inquietudes propias de los investigadores tendrán amplio campo de exploración en el Instituto Finlay de las Américas. Claro que es camino que exige ardua labor, tenacidad de propósito y serenidad de espíritu. Pero el objetivo es noble, y gloriosa la recompensa que reciben los descubridores: nada menos que el divino honor conferido a Abou Ben Adhem.

authority" an that instead of merely pledging the United States to join "in the establishment and maintenance of international authority" to preserve peace, the resolution will pledge us to join "in the establishment maintenance of an international authority" for that purpose.

We can understand the position and the arguments of the Senators who have been making this fight for the two-letter word. They think that "an international authority" is a much more definite phrase, carrying much stronger implications of American membership in a new league of nations, than the blank words "international authority." We agree with them. And yet, as a newspaper which consistently advocated American membership in the present League of Nations over the whole period of 30 years between the two World Wars, we doubt whether the point they have raised is important enough at this time to risk delaying action by the Senate.

For the question at issue now is not how to organize a post-war peace. The Senate itself is in no position to do this; the President must lead the way, and the question cannot become a real issue until he has consulted with the heads of the nations which will be our partners in such an effort and then presented to the Senate the plan on which agreement has been reached. The only real issue now is whether the Senate shall choose this moment to encourage the President to proceed with such negotiations.

We think that it should, and that the important thing is not the precise language in which it may be done, but the broad purpose expressed in its resolution and the speed and good will and degree of unanimity with which this resolution is adopted. We would rather have a general resolution adopted by an overwhelming nine-tenths majority of the Senate at the end of a single week's debate than have a specific resolution approved by a narrow squeak at the end of a month's struggle. For strong approval of the main principle of international cooperation is what matters now, and we are not afraid that the Senate will backslide later unless it is committed to something definite. There will be no backsliding this time. The American people are going to demand adequate protection against the outbreak of another major war, and the American Senate is going to heed their demand. Or that we can be certain.

Carlo* Finlay

EXTENSION OF REMARKS OF
HON. SOL BLOOM

OF HOW TO BE IN THE HOUSE

OF REPRESENTATIVES *Thursday, October 28, 1943*. Mr. BLOOM, Mr. Speaker: It is very appropriate that the name of Carlos Finlay should grace and identify an institution designed to promote research in medicine throughout all the Americas. His life was given to research and the practice of medicine, and to him, above all others, the Americas owe the blessing of protection against a scourge that formerly ravaged their cities and destroyed their peoples. But for Carlos Finlay, yellow fever might still be a blight upon one of the fairest regions of the New World. Through the efforts of the medical profession in the United States, in Cuba, and in the other American republics, and especially through the personal efforts of Dr. Benjamin Salaar and Dr. Edgar Mayer, of New York City, the spotlight of public recognition is being focused on the memory of this great benefactor of mankind.

A study of the life and work of Carlos Finlay restores our pride and faith in humanity. It reveals a man whose sympathetic heart inspired an intellect of extraordinary range, penetration, and

power. It throws light upon the career of a modest physician who, by his own acumen and industry, discovered one of the most subtle secrets of nature and applied his discoveries to the saving of millions of human lives. This study shows also how heedless mankind brushes aside its benefactors, little knowing that under the cloak of everyday drudgery lives an immortal whose achievements are to bless humanity for all time.

What was Carlos Finlay's crowning achievement? In a word, it was the discovery that yellow fever is transmitted from man to man by the bite of a mosquito that has previously sucked the blood of a yellow-fever victim. That the disease is contracted in no other way, and that a particular kind of mosquito is the vector or carrier of the disease.

Now that the world knows that yellow fever is transmitted by the bite of a certain kind of mosquito the fact seems to be simple enough, so simple that everybody should have known it from the first. But other discoveries seem simple, too; the discovery of the New World, for example, or the discovery of a method of human flight. We forget that Columbus was scorned and derided by the wisest men of his time for daring to assert that he could find a continent by sailing westward from Europe. The Wright brothers, even after they had devised a machine that actually carried tin through the air, were regarded in Ohio as half crazy by their matter-of-fact neighbors, and the universal comment was, "Those boys will break their necks yet; you see if they don't. They think they can learn to fly."

Ridicule and contemptuous scorn constituted the only public notice given to Carlos Finlay for nearly 20 years after he had the hardihood to disclose his theory of mosquito transmission of yellow fever. His life ran counter to popular tradition and belief. Just as Columbus' theory contradicted the opinions of his day, and just as Morse evoked derisive laughter when he proposed to transmit intelligible messages by means of electric wires stretched from one town to another, Finlay's experience was the well-known universal experience of theorists who offer new ideas to mankind. To our chagrin we must admit that mankind even in our day is reluctant to accept newly discovered truths.

Happy is the discoverer who lives to see his theory proved true, and thrice happy he who reaps the credit for his discovery. Poor Columbus died at Valladolid in obscurity and discredit, and the name of another explorer was given to the New World which Columbus found. The man whose discovery banished the curse of yellow fever from the New World, whose genius enabled the United States to build the Panama Canal after the French had fallen victims to the yellow pest—this man lived to see his theory confirmed, but not long enough to reap full credit from mankind. Even now, after a lapse of 40 years, it is not generally known in the United States that Carlos Finlay was the true conqueror of yellow fever. The lion's share of the credit has gone to others; not because they willed it so, but largely because their spectacular verification of the validity of Finlay's theory, followed closely by the eradication of yellow fever at Habana and Panama, attracted more attention from Americans than the phenomenon of Finlay's detection of a secret of Nature. Another factor which prevented the diffusion of Finlay's fame in this country was that his writings were published chiefly in the Spanish language,

which made them literally a closed book to Americans generally.

The institute that now comes into being will aid in extending the fame of Finlay, which already shines so brightly in Cuba and throughout Latin America. And as Finlay's renown spreads, the fame of Walter Reed will be enhanced, as will that of all the others who shared in the honor of confirming Finlay's theory and putting it into practice.

CARLOS FINLAY THE MAN

Before sketching the course of Finlay's labors in developing and proving his theory, let us glance at the life story of the man himself. He was born at Puerto Principe—now Camaguey—in Cuba, on December 3, 1833. His father Edward was a Scotsman, born at Hull, England, in 1795, and educated at Edinburgh and in France. While still a medical student, Edward sailed with a brother for South America to join a British contingent fighting under Bolivar for the independence of Venezuela. They were shipwrecked and Edward found himself at Port of Spain, Trinidad, in 1826. He was admitted to practice there, and married Eliza de Barrés, a girl of French descent. They removed to Cuba in 1831, settling at Puerto Principe, where Carlos Finlay, the subject of this sketch, was born. The family moved to Habana in 1834, and the father practiced medicine there until his death in 1872.

Carlos Finlay was a student from childhood. He learned to speak English, French, and German, as well as Spanish, in his boyhood. In 1846 and again in 1848 he studied in Germany and France. Intending to qualify in medicine at Kouon and Paris but an attack of typhoid in 1851 caused him to return home to Habana for convalescence. He was now well versed in languages, the classics, history, literature, and physics. Still inclined to follow his father in the practice of medicine, Carlos went to Philadelphia and began his studies at the Jefferson Medical College under the instruction of John Kearsley Mitchell, Dr. Mitchell's son, afterward famous as S. Weir Mitchell, was at that time assisting his father, and a strong friendship sprang up between him and young Finlay of Cuba. This friendship was of lifelong duration. Finlay was graduated as a doctor in medicine in 1855. Instead of settling to

A APPENDIX TO THE CONGRESSIONAL RECORD

IV. S

Of the conditions which have heretofore been recognized essential for the transmission of the dimv must be understood to act through their influence upon the Mid agent. It is thus unlikely therefore, that this agent be found among the microphytes, for these lowest orders if animal life are but little effected by such meteorologic variations, and are known to influence the development of yellow fever. To satisfy that requisite it was necessary to search for it among Insects. On the other hand, the fact of yellow fever being characterized both clinically and (according to recent findings) histologically by lesions of the blood vessels and by alterations of its physical and chemical conditions of the blood suggested that the insect which should convey the infectious particles from the patient to the healthy should be looked for among those which drive their sting into blood vessels in order to suck human blood. Finally, by reasons of other considerations which need not be stated here, I came to think that the mosquito might be the transmitter of yellow fever.

He then detailed the natural history of the different varieties of mosquitoes found at Habana and set forth the reasons why he fastened upon the *Culex (Stegomyia)* as the only mosquito that transmitted yellow fever.

Then followed 19 years' of study on Finlay's part, and with almost no encouragement from scientific men. His theory was almost universally derided as visionary. Sir Patrick Manson had discovered the indirect transmission of malaria by the mosquito, a fact which he published soon after Finlay had found that the mosquito was the only vector of yellow fever, but this additional evidence that disease is communicated by insects did not seem to impress either scientific men or laymen.

Instead of taking up research along the lines pioneered by Finlay, American research for the most part was concentrated upon efforts to find the specific bacillus or virus of yellow fever.

Finlay's further experiments confirmed his theory of mosquito transmission of yellow fever. He cautiously inoculated nonimmune individuals by means of infected mosquitoes and developed mild cases of yellow fever; but his studies had warned him that fatal results would follow under certain conditions, and he refrained from risking the lives of persons who submitted to his tests. Hence it was claimed that his experiments were negative in character.

CONGRESSAL COSCAS TOTIMONT

Then came the Spanish-American War and the occupation of Habana by the Americans. What followed is well told by On. William C. Gorgas in his book, Sanitation in Panama, which was published in 1915. He was in charge of the sanitary department of Habana after the occupation. He tells how a commission had been sent to Habana in 1899 by the Public Health (I) of the United States to study yellow fever; how it reported that the micro-organism discovered in Brazil by Professor Snamelli, of Italy, and by him called bacillus (later oldics) was the cause of yellow fever; how Sure, Gen. George M. Sternberg, of the United States Army, doubted this finding and brought about the appointment of a board of Army

medical officers to investigate yellow fever at Habana; and how this board, composed of Drs. Walter Reed, James Carroll, Jesse Lecear, and Arislidea Agramonte, began its work. The board spent several months in investigating Snamelli's organism, and proved beyond doubt that it was not the cause of yellow fever.

It was then believed that yellow fever was a filth disease. But a thorough cleaning of Habana under the direction of Major Gorgas failed to reduce yellow-fever cases.

In spite of all this work and care—Writes General Gorgas—yellow fever had been steadily growing worse ever since we had taken possession of the city, and in 1900 there were a greater number of cases than there had been for several years. The Cubans blamed us with the fact that all our cleaning up and expenditure had not only had not bettered things, but had even made them worse. They called attention to the fact that the very cleanest and best-kept portions of the city were by far the worst sufferers from yellow fever, and the evidence was so plain before our eyes that we had to acknowledge the truth of what they said.

This frank confession by General Gorgas is of special interest when compared with a statement made in 1881 by Carlos Finlay in the memorable paper announcing his mosquito transmission theory: I feel convinced that any theory which attributes the origin and propagation of yellow fever to atmospheric influences, miasmatic or meteorologic conditions, or filth or to the neglect of general hygienic precautions, must be considered as utterly indefensible. I have, therefore, been obliged to abandon my former ideas, and shall now endeavor to justify this change in my opinions.

Had American scientists listened to Carlos Finlay from the first onward, they could have saved thousands of lives and millions of dollars lost through yellow fever in the southern portion of the United States. But they persisted in the notion that filthy conditions propagated yellow fever, and that superior American sanitation would eradicate the disease at Habana.

The health authorities were at their wits' end—Writes Gorgas.

We evidently could not get rid of Habana as a focus of infection by any method we then knew. He refers to the commission of medical men appointed by the Sanitary Department of Habana, to whom all cases of yellow fever were referred for diagnosis. Gorgas was a member of the commission, and the other members were Dr. Carlos Kinlay, Dr. Antonio Albertini, and Dr. John Gutteras. The Reed board was in touch, naturally, with this commission.

work or in its own way.

Gorgas then tells how the Reed board after wasting months in futile experiments along other lines, turned to Dr. Finlay for advice and information.

Dr. Carlos Finlay, of Habana the physician just mentioned as being a member of our Commission, had ever since the year 1831 been investigating thinking of and writing about the relation of the mosquito to yellow fever. He had convinced himself that this insect was the means whereby the disease was conveyed from person to person. • • • His argument from the

then known facts with regard to yellow fever, showing from these facts that it was probably the mosquito that conveyed this disease, was most beautiful and logical. But a still more beautiful piece of reasoning was the induction that it was the *Stegomyia* mosquito, out of the all or seven hundred species of mosquitoes, that conveyed yellow fever.

After contending that Finlay had never conclusively demonstrated the validity of his mosquito theory and ignoring Finlay's own statement that he had refrained from experiments with infected mosquitoes under conditions which probably would have been fatal to the inoculated individual, Gorgas proceeds: Reed says of Finlay: "To Dr. Carlos Finlay, of Habana, must be given, however, full credit for the theory of the propagation of yellow fever by means of the mosquito, which he proposed in a paper read before the Royal Academy in that city at its session on the 14th day of August 1881."

The Reed board, after many months of inconclusive work in other directions, turned their attention to Dr. Finlay's theory. Dr. Reed discussed the matter with Dr. Finlay's good deal before he commenced his mosquito work, and was thoroughly familiar with Dr. Finlay's arguments and ideas on the subject. Indeed, we all knew Dr. Finlay well, but were rather inclined to make light of his ideas, and none more so than I. • • •

Dr. Reed got from Dr. Finlay the eggs from which he raised the mosquitoes used in his experimental work. • • • Dr. Reed says in his paper, The Etiology of Yellow Fever, Preliminary Note: "We here desire to express our sincere thanks to Dr. Finlay, who accorded to us a most courteous interview, and has gladly placed at our disposal his several publications relating to yellow fever during the past 19 years, and also for one of the species of mosquito with which he had made his several inoculations."

After consultation the Reed board determined to experiment to see whether the mosquito really did convey yellow fever. But it was necessary to have a good deal of money and sufficient authority before starting in. The board had come to Cuba for entirely different investigations, and had not been supplied with sufficient funds for these experiments. Fortunately for the cause of science and of humanity, we had as Governor General of Cuba at that time Gen. Leonard Wood, of the United States Army. General Wood had been educated as a physician.

• • • Dr. Reed outlined to General Wood the course that he expected to pursue, and General Wood was so convinced by Dr. Reed's argument that he authorized the expenditure from Cuban funds of a sufficient sum and gave Dr. Reed ample power as to the method of expenditure. • • •

Dr. Reed wished to make his demonstrations as convincing and spectacular as possible. It was an entirely new idea, and his conclusions excited a great deal of adverse comment and criticism. This theory was so contrary to what most men thought had been their practical experience that it was received with scant consideration. • • • The conclusions announced by the board were as follows: "That yellow fever is conveyed from man to man only by the bite of the female *Stegomyia* mosquito" • • •

"These discoveries have been of enormous benefit to mankind, and upon them have been based the sanitary work against yellow fever which has been so successful."

FINLAY'S PLAN OF ERADICATION

After Finlay had satisfied himself that the mosquito was responsible for yellow fever he gave thought to practical plans for eradicating the disease by breaking

the chain of infection years before Oorgag began his sanitation of Habana. Finlay had pointed the way. He outlined his ideas at Chicago in 1893 and at Budapest in 1894, when he addressed the International Congress of Hygiene. On the latter occasion he said:

The special return which might be adopted against the propagation of yellow fever through mosquitoes must be left to the criterion of those who accept my theory, but the principal precautions must be: 1. To prevent those insects from stinging yellow-fever patients. 2. To destroy as far as possible the mosquitoes that have been infected, bearing in mind that in close spaces a temperature of 60° C. is sufficient for that purpose. 3. Finally, to consider any place unsafe so long as the mosquitoes which have stung yellow-fever patients may be alive in it. 36 to 40 days being the term of their existence under the most favorable conditions.

In 1898, after the United States occupied Cuba, Dr. Finlay offered to American Army and Navy officers his detailed plan for stamping out yellow fever. In which he said: Why should not the boueaa. in yellow-fever countries, be provided with mosquito blinds such as are used in the United States as a mere matter of comfort, while here it may be a question of life or death. The mosquito larvae might be destroyed in swam pa, pools, privies, sinka, atreat aewera and other stagnant waters. In which they are bred, by a methodical use of potassium permanganate, or other such substance. In order to lessen the abundance of mosquitoes. But the most essential point must be to prevent these insects from reaching yellow fever patients and to secure the proper disinfection of all asept. clova discharges in order to forestall the contamination of those insects. Well-ventilated hospitals should be built upon high grounds with no stagnant waters or marshes near their vicinity; doors and windows protected by mosquito blinds; a good system of drainage and sewerage; and facilities for destroying any mosquitoes or larvae which might be found within the buildings; only the upper stories should be occupied by the sick and none but yellow fever patients and such malaria patients as are considered immune against yellow fever should be admitted. The examination for admission might be carried out in a separate building and in a separate department devoted to the auspicious civs under observauca.

With such hospitals at hand and an efficient board of health, which would be to the proper arrangements of patients who could be left at their homes, and general sanitary improvements within and around the principal cities, there could be no doubt that yellow fever might be stamped out from Cuba and Puerto Rico and malaria reduced to a minimum. It would then be the business of the port and quarantine officer to prevent the introduction of irerah germs.

LOOKING ROBWARD
The foregoing d?ta illustrate the breadth and precision of Finlay's studies in regard to yellow fever. His researches and experiments in other fields were of great value also, but they cannot be detailed here. By pointing the way to eradication of yellow fever Finlay earned perpetual renown, and it may well be that he will be regarded as the greatest medical benefactor of this hemisphere.

The story of Finlay's long and patient toil is an inspiration to others who are endeavoring to discover the secrets of nature. His example tells them to stick to their task in spite of neglect and ridicule. His triumph is a message to science, warning it not to close its mind to the claims of reputable investigator, however obscure they may be. His writings reveal that his mind was always hospitable to truth, wherever it appeared, and prompt to acknowledge error in his own inferences.

We are still confronted with disease's of deadly character which might be eradicated if another Finlay should appear. Let us

bear in mind his career. In order that investigators who may even now be unlocking the secrets of cancer, infantile paralysis, and other scourges may not suffer the discouragement that attended Finlay's work.

The field that opens before the Finlay Institute of the Americas is one that invites exploration by devoted young men. It calls for arduous labor, tenacity of purpose, and serenity of soul. The goals are noble, and the rewards bestowed upon the discoverers are glorious, being nothing less than the divine honor that was accorded to Abou Ben Adhem.

Radio Address in Connection With Third War Loan Drive

EXTENSION OF REMARKS OF HON. JAMES H. FAY

or NEW TOXIC IN THE HOUSE OF REPRESENTATIVES Thursday, October 28, 1943 * Mr. FAY. Mr. Speaker, under leave to extend my remarks in the Record, I wish to insert a radio address made by me in New York City on October 4, 1943, over radio station WWRL, in connection with the Third War Loan Drive:

Victory on parade is truly significant today, for our troops are marching forward in victory on every front on which they are engaging the enemy, and our folk at home have just gone over the top for a smashing victory in our Third War Loan drive.

The going may be hard for our troops because the enemies' force are seasoned veterans of war and have been preparing for over a quarter of a century to bring devastation and grief upon a peace-loving world. But in the hearts of our fighters flows the blood of freemen, ready and willing to lay down their lives if need be for the preservation of the liberties which our forebear have handed down to us. What one among us can shrink his duty to his country in this saddest hour of our history? What one among us can live even with himself if he is not contributing in some measure to this victory which surely some day, and I hope and pray it is soon.

It will be ours? Whether he thinks about it or not, when these brave heroes of our country come home they will ask their neighbors: "What have you done on the home front while I was away fighting on the battle front?" The man who cannot answer it stands forever marked as a moral slacker who was willing to cheer but unwilling to sacrifice.

It is not too late. Right now the least service could one render is to buy War bonds and by so doing the individual help to buy War bonds and by so doing the individual help to buy War bonds (as well as his country. Your money will make the implement of war which our Senators who have toured our fighting front state as so sorely needed by Oca. Douglas MacArthur, my old an-mandrr in the Reia-bow Division.

During the past summer I spent many weeks as a patient in the Halloran Oeneial Hospital on S. I am laisad for an agrave-tion of a war injury I met up with in the Argonns Forest while aertvig with the FIKbting Bisty-lUnih of New York. This is

a 4000-bed hospital equipped to take care of our wounded and sick soldier. It cannot be surpassed in all the world, and I say it with pride for I served for 10 years as an administrator of the great chain of municipal hospitals in our own city. As a matter of fact, Dr. William Jacobs, superintendent of Bellevue Hospital, visited me while there and after a tour of inspection with Col. Ralph DeVoe, the commanding officer, we were in the modern up-to-date hospital methods employed.

Here I met men wounded at Guadalcanal, Tunisia, and other fronts in Africa. It seemed so different than in the day of 23 years ago when I was recuperating in an Army hospital. The

attitude and light, heartedness of the men was just the same. They made light of their "crucifixion and war" wounds in the praise of their treatment. They told of the different engagement in which they served and I tolled their officers who led them. There is never a dull moment at Halloran, for public-spirited citizens provide entertainment and relaxation on and I know that this condition prevails in every Army and Navy hospital in our country.

There to on* thing that concern* the men and that is:

What I* to become of them after the last shot has been fired and victory to our*? They know what the veterans of the First World War went through when they came home, and they don't want that to happen to them.

They don't want a bonus march on Washington. They don't want to sell apple* on every street corner of every large city throughout our land. They don't want the medals they fought and bled for to be adorning the window of the "hock shops" instead of their breasts which they bared so bravely to the enemy's fire. They don't want unemployment.

They want Job* They want security. They want to settle down and enjoy the home life of their family and friends.

This Congress has before it many plans and suggestions for the rehabilitation of the serviceman. All plans are worthy of serious consideration. Last March Congress passed bills which were immediately signed by the President granting benefits to the men of World War No. 3 as a result of their operation today for the veteran of World War No. 1.

In my opinion the situation is vastly different today in veteran affairs as it is in the affairs of every vintunton in the light of these more modern times. The veterans' organizations such as the Disabled American Veterans, the American Legion, the Veterans of Foreign Wars, and other veterans' organizations have their answer before anyone, for they have lived with it for this past quarter of a century.

The major problem, as I see it, is to have jobs ready for the serviceman when he lays aside his uniform to return to civilian life.

There must be no interval of 6 months before he finds gainful employment. The leaders of industry will convert peacetime industry into war machinery must be kept on the job to convert war machinery back into peacetime machinery.

Education after World War No. 1 was made available only to the few who wished to take advantage. It affected the completion of high school and law school. However, today it should be made possible for all veterans of this war who want to complete the education their fathers and mothers had planned for them but are U.S.